

Octavio Paz, Jaime Sabines, tabaco y otras yerbas

Aurelio Asiain

Para Lorena Zamora y para Marco Levario

Hace un momento vi en el periódico que se murió Jaime Sabines. Ayer, en la playa, me acordé de ese poema suyo, «Horal», que ahora citan los periódicos:

El mar se mide por olas,
el cielo por alas,
nosotros por lágrimas.

El aire descansa en las hojas,
el agua en los ojos,
nosotros en nada.

Parece que sales y soles,
nosotros y nada...

Es tristísimo, pero artificioso: a las olas no les corresponderían alas, sino nubes. Si no fuera por las olas... Y las alas le dan las dos a las lágrimas. Pero nosotros también podríamos medirnos por suspiros, por sueños, por nadas. Tengo la impresión de que, cuando piensan en Sabines, los lectores aprecian sobre todo la intensidad, la sinceridad, las emociones directas. Y sin embargo, ¡qué técnica admirable! Fíjate, por ejemplo, en cómo depende todo del juego de las oes en este poema que todos nos sabemos:

Yo no lo sé de cierto, pero supongo
que una mujer y un hombre
algún día se quieren,
se van quedando solos poco a poco,
algo en su corazón les dice que están solos,
solos sobre la tierra se penetran,
se van matando el uno al otro.

Todo se hace en silencio. Como
se hace la luz dentro del ojo.

El amor une cuerpos.
En silencio se van llenando el uno al otro.

Cualquier día despiertan, sobre brazos;
piensan entonces que lo saben todo.
Se ven desnudos y lo saben todo.

(Yo no lo sé de cierto, lo supongo).

Es conmovedor, pero lo que dice el poema es más o menos elemental: amarse es estar a solas con otro, en silencio, desnudos; amar es vivir, vivir es morir. Lo que a mí me sorprende es menos la sabiduría vital que el oficio. Para empezar, la maña de decir «lo supongo», antes de soltar una serie de verdades. Luego, todas las rimas internas, las repeticiones. Y el tono coloquial, en una métrica clásica. Pero es una deformación mía, probablemente.

Me habían dicho que estaba muy enfermo, y se nota que los periódicos ya tenían todo el material preparado. Me hubiera gustado conocerlo. Sólo lo vi una vez, hace años, en casa de su editor, en una fiesta, pero nadie me lo presentó. Hablamos por teléfono un par de veces, muy brevemente. La primera, no sé para qué; la segunda, para pedirle su firma en un manifiesto.

No me sorprendió que aceptara de inmediato, porque sabía lo que opinaba sobre el asunto, ni que le enviara saludos a Octavio Paz. Tampoco, que me felicitara por un artículo que, a propósito de lo mismo, había publicado en esos días en un periódico. En cambio, me molestó que se refiriera con cierto desdén a Tomás Segovia, con quien yo polemizaba, diciendo: «ese amigo suyo, ¿cómo se llama?». No me parece creíble que Sabines hubiera olvidado el artículo que Tomás escribió sobre él a principios de los años sesenta y en el que lo llenaba de elogios.

En todo caso, yo recuerdo todavía algunas frases de ese artículo. En particular, se me quedó grabada una en que, al mencionar las cosas que a Sabines le dan ternura, Tomás decía «sus bienamados cigarros». Sé por qué se me grabó: porque evocaba al propio Tomás, que fuma tanto y con un gusto tan evidente. Desde luego, para alguien de tu edad la frase no suena igual que cuando fue escrita, ni cuando la leí, muchos años después, porque en aquel entonces los fumadores no eran mal vistos como ahora, y la imagen de un cigarro evocaba una hoguera en la intemperie, la intimidad en la

noche fría, cosas así, no el cáncer y la muerte. Pero quizá eso mismo le dé ahora otro relieve a la frase. Pienso en mi abuela que en el hospital, invadida por el cáncer, aprovechaba cualquier descuido de las enfermeras para quitarse el tubo de oxígeno y encender uno de sus Delicados. Terrible, sin duda, pero cuando se refería a «mi cancerito» lo hacía con una ternura desde luego más poderosa que la muerte. En buena parte, lo que nos hace humanos es precisamente esa capacidad de encontrar placer en lo que sabemos que nos mata. Una idea, yo creo, muy de Sábines. Habría que hacer un poema que dijera algo así como:

Cómo no compararte con esos cigarrillos
que te llevaron a la tumba
mientras con tus palabras hacías que los muertos
salieran de la sombra en la que ahora entras
encendiendo uno más para seguir muriendo
como sólo a los vivos nos corresponde hacerlo.

O algo, así, porque no es mi estilo. Sábines se murió un día diecinueve, como Paz, pero un mes antes y once años más joven. Tenía setenta y tres. Al cumplir esa edad, Paz tenía más de diez de haber dejado de fumar. Una vez contó, en una conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, que había dejado de escribir durante seis meses, porque no lograba hacerlo sin un cigarrillo en la mano. Yo fumaba cuando lo conocí, pero evitaba hacerlo en su presencia, porque sé lo molesto que puede ser el humo para quienes no son fumadores, sobre todo si antes lo han sido. Pero no todo el mundo tiene esos miramientos. Una noche, en una cena en *Las flores del mal*, el restaurante de la Casa Lamm, me tocó sentarme entre él y mi mujer, flanqueada por Julio Trujillo. En cierto momento, Aurelia encendió un cigarrillo. Octavio la miró sorprendido y le dijo:

—¡Pero cómo, tú fumas! ¿Por qué?

—Pues no sé... porque me gusta, Octavio.

—¡Mejor fuma marihuana, que sirve de algo!

—Sólo que usted traiga —dije yo—, porque nosotros, no (Paz y yo siempre nos hablamos de usted, excepto en sus últimos meses, pero con mi mujer se hablaba de tú, porque la conoció desde pequeña).

A todos nos hizo gracia el comentario, pero no todos sabían que lo decía en burlas veras. No es que Paz fumara marihuana, pero lo había hecho. En «Himno entre ruinas», el primer poema de su primer libro de veras importante, *La estación violenta*, hay estos versos:

Cae la noche sobre Teotihuacán.
 En lo alto de la pirámide los muchachos fuman marihuana,
 suenan guitarras roncadas.
 ¿Qué yerba, qué agua de vida ha de darnos la vida,
 dónde desenterrar la palabra,
 la proporción que rige al himno y al discurso,
 al baile, a la ciudad y a la balanza?

Un día me confirmó lo que yo sospechaba: que esos muchachos eran él mismo y sus amigos. No recuerdo ya el nombre del que lo había iniciado en esas prácticas, pero sí que fue en Acapulco, en un momento en que él estaba muy triste o deprimido por causa de una ruptura amorosa. Me habló de caminatas largas por la playa, de los atardeceres en La Quebrada y, me acuerdo bien de la frase, de «las perspectivas sorprendentes de un cuadro de Chirico» que habían observado al final de una cena en casa de amigos, en París. No he logrado localizar la crónica en que Guillermo Cabrera Infante cuenta cómo, durante una reunión en su casa en la que se encontraban Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Octavio Paz y Héctor Manjarrez, los dos primeros rechazaron, uno con la excusa de que no necesitaba drogas para divertirse y el otro arguyendo que debía ponerse a trabajar, la rebanada de pastel de marihuana que el poeta no dudó en devorar. (¿Y Manjarrez? No sé, habría que preguntarle). En mi imaginación, el departamento londinense y el parisino son el mismo en que, durante una cena postinera con mujeres elegantes, José Bianco y Octavio Paz inhalan cocaína ante el cuadro de Chirico que siempre me he representado como *El misterio de la hora*, pero con marineros ocultos en los portales y cuyos puños dejarán más tarde, hacia la madrugada, unas huellas en el rostro feliz de José Bianco. Esto último ocurre en Marsella, pero la imaginación abre perspectivas sorprendentes.

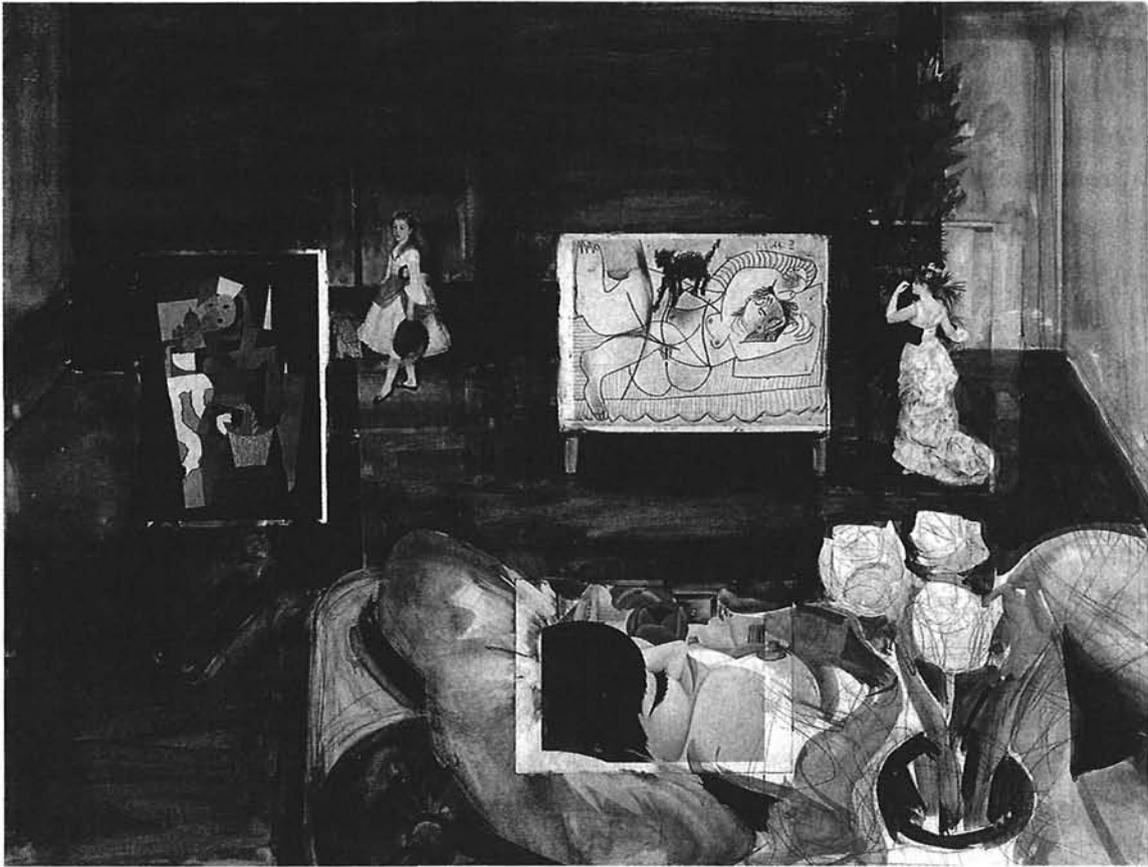
Octavio Paz, no era, desde luego, un propagandista de las drogas; no son el agua de vida que buscamos. Pero tampoco era un puritano. Mucho antes que Gabriel García Márquez y que Milton Friedman, se pronunció por su despenalización e insistió en que el mal no estaba en ellas sino en una sociedad que no ofrecía salidas sino puertas falsas. Le preocupaba mucho más el alcoholismo que había acabado con tantos amigos y compañeros de generación. Un poeta uruguayo me contó su sorpresa cuando el poeta, al que veía por primera vez, le dijo al verlo tomar un trago de tequila: «Usted bebe demasiado: se ve en la manera en que tomó el vaso. Cuídese». ¿Cuántas veces me habrá descrito, atribulado, al «pobre de Pepe Revueltas» en el piso, en cuatro patas, rodeado por un grupo de jóvenes borrachos y gritando «¡Soy un perro, Octavio, soy un perro miserable!»? ¿Cuántas veces

habrá evocado la figura de José Alvarado corriendo por la casa de La Bandida envuelto en una sábana? Al hablar sobre José Gorostiza, era casi inevitable que se refiriera a los cajones de su escritorio, llenos de medicinas unos, de botellas de whisky otros: «Pepe se llenaba de trabajo y de enfermedades imaginarias para huir de una melancolía que curaba, todas las noches, con alcohol». ¡Cuántos Pepes: Alvarado, Revueltas, Gorostiza! ¿Habrá en el nombre José alguna condena?

A Paz le gustaba beber, sin embargo. Cuando lo visitaba en su departamento de Reforma, era costumbre que hacia las nueve, cuando habíamos pasado de los asuntos de trabajo y la conversación se internaba por terrenos más amables, Marie-José apareciera en la biblioteca con una botella de whisky, vasos y hielos, o con una de jerez y copas. Nunca lo vi excederse, pero sí beber en abundancia, en más de una ocasión, en cenas con amigos.

Pero mi mejor whisky con Octavio Paz ocurrió en circunstancias curiosas, en 1991. Había ido yo, hacia las siete de la noche, a sacar dinero de un cajero automático en la calle de Oaxaca, en la colonia Roma. Al salir, en el momento en que introducía la llave en la puerta del automóvil, dos sujetos me encañonaron con sus pistolas, uno a cada lado, mientras otro lo hacía desde el otro lado del auto. Les dije que se llevaran el auto pero me obligaron a subir en el asiento trasero, acostado, con la cabeza en las piernas de uno de ellos y su pistola en la sien. Me llevaron a otro cajero y luego me metieron en la cajuela y dieron vueltas durante un par de horas, antes de estacionarse y bajar, dejando el motor encendido. Empujé con las piernas el asiento trasero, me senté al volante lo más rápidamente que pude y arranqué en reversa. Estaba en una calle de la Zona Rosa, a media cuadra de Reforma, y la casa más cercana de alguien conocido era la de Octavio y Marie-José. Me dirigí hacia allá, toqué y pregunté por el señor. Octavio apareció en bata, algo desconcertado de que me presentara sin avisar. «¿Qué pasa?» Hasta entonces, había mantenido la cabeza fría pero apenas lo vi me temblaron las piernas y empecé a tartamudear. «Te voy a hacer un caldo de pollo», dijo Marie-José. «No, primero hay que darle un whisky. Doble». No pude contarle nada hasta que me lo bebí. Cuando escuchó mi narración su primer impulso fue, típicamente, ir tras ellos. Después pensó en llamar a la policía (y lo hizo más tarde, cuando yo me había ido, pese a mis protestas de que sería inútil, como lo fue). Pero al final hablamos, largamente, de las memorias de Casanova –por su fuga de la cárcel de Los Plomos, desde luego– y yo volví a mi casa de muy buen humor y con la sensación de haber vivido una aventura.

Acapulco, 20 de marzo de 1999



Guillermo Roux: *El gran salón*, 1991.
Técnica mixta, 50 x 55 cm.
Colección particular